

fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invención, sólo por curiosidad sin otro designio alguno, se acabara el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle.

—Así es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuestras mercedes que la turbación que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debía.

—No se ha perdido nada, respondió Sancho: vamos, y dejaremos á vuestras mercedes en casa de su padre, quizá no los habrá echado menos, y de aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo: que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa, y la mujer y la gallina por andar se pierden aina, y la que es deseosa de ver, también tiene deseo de ser vista: no digo más.

El mancebo agradeció al gobernador la merced que quería hacerles de volverlos á su casa, y así se encaminaron hacia ella, que no estaba muy lejos de allí. Llegaron pues, y firando el hermano una

china á una reja, al momento bajó una criada, que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando á todos admirados así de su gentileza y hermosura, como del deseo que tenían de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron á su poca edad.

Quedó el maestrales traspasado su corazón, y propuso de luego otro día pedirselo por mujer á su padre, teniendo por cierto que no se la negaría, por ser el criado del duque, y aun á Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija, y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que á una hija de un gobernador ningún marido se le podía negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á dos días el gobierno, con que se destroncaban y borraron todos sus designios, como se verá adelante.



## CAPÍTULO L.

Donde se declara quiénes fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la Dueña y pellizcaron y arañaron á Don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza.

**D**ICE Cide-Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia, que al tiempo que Doña Rodríguez salió de su aposento para ir á la estancia de Don Quijote, otra dueña que con ella dormía lo sintió, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fué tras ella con tanto silencio, que la buena Rodríguez no lo echó de ver, y así como la dueña la vió entrar en la estancia de Don Quijote, porque no le faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fué á poner en pique á su señora la duquesa de cómo Doña Rodríguez quedaba en el aposento de Don Quijote.

La duquesa se lo dijo al duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña quería con Don Quijote. El duque se la dió, y las dos con gran tiento y sosiego, paso ante paso, llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento, y tan cerca, que oían todo lo que dentro hablaban; y cuando oyó la duquesa que la Rodríguez había echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora, y así llenas de cólera y deseosas de venganza entraron de golpe en el aposento, y acribillaron á Don Quijote, y vapularon á la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presunción de las mujeres, despiertan en ellas en gran manera la ira, y encienden el deseo de vengarse.

Contó la duquesa al duque lo que había pasado, de lo que se holgó mucho, y la duquesa, prosiguiendo con su intención de burlarse y recibir pasatiempo con Don Quijote, despachó al paje que había hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto, que tenía bien olvidado Sancho Panza con ocupación de su gobierno, á Teresa Panza su mujer, con la carta de su marido, y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados.

Dice pues la historia, que el paje era muy discreto y agudo, y con deseo de servir á sus señores, partió de muy buena gana al lugar de Sancho; y antes de entrar en él vió en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, á quienes preguntó si le sabrían decir si en aquel lugar vivía una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado Don Quijote de la Mancha, á cuya pregunta se levantó en pie una mozueta que estaba lavando, y dijo:

—Esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho mi señor padre, y el tal caballero nuestro amo.

—Pues venid, doncella, dijo el paje, y mostradme á vuestra madre, porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío, respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco más ó menos, y de-

jando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgreñada, saltó delante de la cabalgadura del paje, y dijo:

—Venga vuesa merced, que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena por no haber sabido muchos días há de mi señor padre.

—Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el paje, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas. Finalmente, saltando, corriendo y brincando llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa dijo á voces desde la puerta:

—Salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre; á cuyas voces salió Teresa Panza, su madre, hilando un copo de estopa, con una saya parda.

Parecía, según era de corta, que se le habían cortado por vergonzoso lugar, con un corpezuco asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada, la cual viendo á su hija y al paje á caballo, le dijo:

—¿Qué es esto, niña, qué señor es este?

—Es un servidor de mi señora Doña Teresa Panza, respondió el paje; y diciendo y haciendo se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo:

—Déme vuesa merced sus manos, mi señora Doña Teresa, bien así como mujer legítima y particular del señor Don Sancho Panza, gobernador propio de la ínsula Barataria.

—¿Ay señor mío! quítese de ahí, no haga eso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora hija de un destripaterrones, y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno.

—Vuesa merced, respondió el paje, es mujer dignísima de un gobernador archidignísimo: y para prueba desta verdad reciba vuesa merced esta carta y este presente; y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echó al cuello, y dijo:

—Esta carta es del señor gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la duquesa, que á vuesa merced me envía. Quedó pasmada Teresa, y su hija ni más ni menos, y la muchacha dijo:

—Que me maten si no anda por aquí nuestro amo Don Quijote, que debe de haber dado á padre el gobierno ó condado que tantas veces le había prometido.

—Así es la verdad, respondió el paje, que por respeto del señor Don Quijote es ahora el señor Sancho gobernador de la ínsula Barataria, como se verá por esta carta.

—Léamela vuesa merced, señor gentilhomme, dijo Teresa, por que aunque yo sé hilar, no sé leer migaja.

—Ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aquí, que yo iré á llamar quien la lea, ora sea el cura mismo, ó el bachiller Sansón Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre.

—No hay para qué se llame á nadie, que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré, y así se la leyó toda, que por quedar ya referido no se pone aquí; y luego sacó otra de la duquesa, que decía desta manera:

“Amiga Teresa: las buenas partes de la bondad y del ingenio de vuestro marido Sancho me movieron y obligaron á pedir á mi marido “el duque le diese un gobierno de una insula de muchas que tiene. Tengo noticia que gobierna como un girifalte, de lo que yo estoy muy contenta, y el duque mi señor por el consiguiente, por lo que doy muchas gracias al cielo de no haberme engañado en haberle escogido por el tal gobierno; porque quiero que sepa la señora Teresa, que con dificultad se halla un buen gobernador en el mundo, y tal me haga á mí Dios como Sancho gobierna. Ahí le envío, querida mía, una sarta de corales con extremos de oro: yo me holgara que fuera de perlas orientales; pero quien te da el hueso no te querría ver muerta: tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos comuniquemos, y Dios sabe lo que será. Encomiéndeme á Sanchica su hija, y dígalas de mi parte que se apareje, que la tengo de casar altamente cuando menos lo piense. Dícenme que en ese lugar hay bellotas gordas, envíeme hasta dos docenas, que las estimaré en mucho por ser de su mano; y es-



cribame largo, avisándome de su salud y de su bienestar, y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer más que boquear, que su boca será medida: y Dios me la guarde. Deste lugar, su amiga que bien la quiere,

“LA DUQUESA.”

—¡Ah! dijo Teresa en oyendo la carta, y qué buena, y qué llana, y qué humilde señora: con estas tales señoras me entierran á mí, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la iglesia con tanta fantasía, como si fuesen las mismas reinas, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora; y veis aquí donde esta buena señora con ser duquesa me llama amiga, y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el más alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mío, yo le enviaré á su señoría un celemin, que por gordas las pueden venir á ver á la mira y á la maravilla; y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor; pon en orden este caballo, y saca de la caballería huevos, y corta tocino aduina, y démosle de comer como á un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traído, y la buena cara que él tiene lo merece todo, y en tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre cura y á maese Nicolás el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre.

—Sí haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta, que no tengo yo por tan boba á mi señora la duquesa que se la había de enviar á ella toda.

—Todo es para ti, hija, respondió Teresa; pero déjamelas traer al-

gunos días al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazón.

—También se alegrarán, dijo el paje, cuando vean el lío que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo, que el gobernador sólo un día llevó á caza, el cual todo lo envía para la señora Sanchica.

—Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni más ni menos, y aun dos mil si fuere necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de la casa con las cartas y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero, y encontrándose acaso con el cura y Sansón Carrasco, comenzó á bailar y á decir:

—A fe, que agora que no hay pariente pobre, gobiernito tenemos; no sino tomése conmigo la más pintada hidalga, que yo la pondré como nueva.

—¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿qué locuras son estas, y qué papeles son esos?

—No es otra la locura, sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos, las avemarías y los padrenuestros son de oro de martillo, y yo soy gobernadora.

—De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decís.

—Ahí lo podrán ver ellos, respondió Teresa, y díoles las cartas. Leyólas el cura de modo que las oyó Sansón Carrasco; y Sansón y el cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habían leído; y preguntó el bachiller quién había traído aquellas cartas.

Respondió Teresa, que se viniesen con ella á su casa, y verían al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traía otro presente que valía más de tanto. Quitóle el cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos, tornó á admirarse de nuevo, y dijo:

—Por el hábito que tengo, que no sé qué me diga ni qué me piense destas cartas y destes presentes: por una parte veo y toco la fineza destes corales, y por otra leo que una duquesa envía á pedir dos docenas de bellotas.

—Aderézame esas medidas, dijo entonces Carrasco: ahora bien, vamos á ver al portador deste pliego, que dél nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen. Hicieronlo así, y volvióse Teresa con ellos.

Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al paje, cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos; y después de haberle saludado cortesmente, y él á ellos, le preguntó Sansón les dijese nuevas así de Don Quijote como de Sancho Panza, que puesto que habían leído las cartas de Sancho y de la señora duquesa, todavía estaban confusos y no acababan de atinar qué sería aquello del gobierno de Sancho, y más de una insula, siendo todas ó las más que hay en el mar Mediterráneo, de su majestad. A lo que el paje respondió:

—De que el señor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudar de ello; de que sea insula ó no la que gobierna, en eso no me entremeto; pero basta que sea un lugar de más de mil vecinos; y en cuanto á lo de las bellotas digo, que mi señora la duquesa es tan llana y tan humilde, que no decía el enviar á pedir bellotas á una la-

bradora, pero que le acontecía enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya; porque quiero que sepan vuestras mercedes, que las señoras de Aragón, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas: con más llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad destas pláticas, salió Sanchica con una halda de huevos, y preguntó al paje:

—Dígame, señor, ¿mi señor padre trae por ventura calzas atacadas después que es gobernador?

—No he mirado en ello, respondió el paje, pero sí debe de traer.

—¡Ay Dios mío! replicó Sanchica, y qué será de ver á mi padre con pedorreras: ¿no es bueno sino que desde que nací tengo desecho de ver á mi padre con calzas atacadas?



—Como con esas cosas le verá vuesa merced si vive, respondió el paje. Por Dios, término lleva de caminar con papahigo con sólo dos meses que le dure el gobierno.

Bien echaron de ver el cura y el bachiller que el paje hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba lo deshacía todo (que ya Teresa les había mostrado el vestido), y no dejaron de reirse del desecho de Sanchica, y más cuando Teresa dijo:

—Señor cura, eche cata por ahí si hay alguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que me compre un verdugado redondo hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere; que en verdad, en verdad que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y aun que si me enoja me tengo de ir á esa corte y echar un coche como todas, que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar.

—Y cómo, madre, dijo Sanchica, pluguiese á Dios que fuese antes hoy que mañana, aunque dijese los que me vieses ir sentada con mi señora madre en aquel coche: “Mirad la tal por cual, hija del harito de ajos, y como va sentada y tendida en el coche como si fuera una papasa.” Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche levantados los pies del suelo. Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo: ándame yo caliente, y riase la gente. ¿Digo bien madre mía?

—Y cómo que dices bien, hija, respondió Teresa, y todas estas

venturas y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tú, hija, como no pára hasta hacerme condesa, que todo es comenzar á ser venturosas; y como yo he oído decir muchas veces á tu buen padre (que así como lo es tuyo lo es de los refranes), cuando te dieran la vaquilla, corre con la soguilla; cuando te dieran un gobierno, cógele; cuando te dieran un condado agárrale, y cuando te hicieren tus tus con alguna buena dádiva, envásala: no sino dormíos, y no respondáis á las venturas y buenas dichas que están llamando á la puerta de vuestra casa.

—¿Y qué se me da á mí, añadió Sanchica, que diga el que quisiere cuando me vea ontanada y fantasiosa: víose el perro en bragas de cerro, y lo demás? Oyendo lo cual el cura, dijo:

—Yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: ninguno de ellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen.

—Así es la verdad, dijo el paje, que el señor gobernador Sancho á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á propósito, todavía dan gusto, y mi señora la duquesa y el duque los celebran mucho.

—¿Qué, todavía se afirma vuesa merced, señor mío, dijo el bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay duquesa en el mundo que le envíe presentes y le escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leído las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de Don Quijote nuestro compatriota, que todas piensa que son hechas por encantamiento; y así estoy por decir que quiero tocar y palpar á vuesa merced por ver si es embajador fantástico, ó hombre de carne y hueso.

—Señores, yo no sé más de mí, respondió el paje, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores duque y duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que he oído decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza; si en esto hay encantamiento ó no, vuestras mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo y los quiero mucho.

—Bien podrá ello ser así, replicó el bachiller, pero “dubitat Augustinus.”

—Dude quien dudare, respondió el paje, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y si no, “operibus credite, et non verbis”: véngase alguno de vuestras mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los oídos.

—Esa ida á mí me toca, dijo Sanchica: lléveme vuesa merced, señor, á las ancas de su rocín, que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre.

—Las hijas de los gobernadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y del gran número de sirvientes.

—Por Dios, respondió Sanchica, también me vaya yo sobre una pollina como sobre un coche: hallado lo habéis la melindrosa.

—Calla muchacha, dijo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiempo: cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora, y no sé si digo algo.

—Más dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el paje, y dénme de comer y despáchenme luego, porque pienso volver esta tarde. A lo que dijo el cura:

—Vuesa merced se vendrá á hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa más tiene voluntad que alhajas para servir á tan buen huésped. Rechúsolo el paje, pero en efecto, lo hubo de conceder por su mejora, y el cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle despacio por Don Quijote y sus hazañas. El bachiller se ofreció de escribir las cartas á Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenía por algo burlón, y así dió un bollo y dos huevos á un monacillo que sabía escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la duquesa, notadas de sumismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

